«Ahora vé y aprende á obedecer sin réplica.» Este ejercicio tan laudable se ha conservado y se conserva en la Congregacion del Oratorio, yendo frecuentemente á servir y consolar á los enfermos de los hospitales los hermanos seglares del Oratorio, acompañados de los Padres prefectos del mismo, con mucho fruto y edificacion no solo en Roma, sino aun en otras ciudades ilustres en donde se ha establecido el instituto del Oratorio.

CAPÍTULO XI.

Celo de Felipe en favor de los infieles y muy especialmente de los hebreos.

Hemos visto ya cómo correspondió Felipe á los designios de la divina Providencia al destinarle á la Capital del orbe católico y no á las Indias como él deseára en un principio en union de otros. No obstante esto siempre conservó un afecto simpático hácia el suspirado Oriente, en términos que cuando en Roma trataba con alguno de aquella parte del mun-

do, sentia abrasársele el corazon, palpitándole como si pretendiera salírsele del pecho para volar allá á emplearse en la salud del prógimo y en servicio de su Señor. En cuanto alcanzaron despues sus fuerzas, no cesó de procurar la salvacion de los infieles en Roma, á cuya simple vista no podia contener las lágrimas; y de tal modo ardia en deseo de salvarlos, que para convertirlos no perdonaba medio que estuviese á su alcance. Y Dios le concedió ver el abundante fruto de sus afanes; pues muchísimos por sus persuaciones y poderosos ruegos se redujeron al gremio de la santa Iglesia.

Referirémos á este propósito algunos de los casos ocurridos al Santo. Iba él en una ocasion con Próspero Crivelli, su penitente, á la sacrosanta basílica Lateranense, cuando se unió á ellos en la calle un hebreo. Entrando juntos en la iglesia, y arrodillándose delante del altar del Santísimo, solo el hebreo con la cabeza cubierta y vuelto de espaldas al altar permaneció con la mayor indiferencia. Acercóse Felipe á él, y le insinuó que hiciera esta breve oracion al menos: «Si sois vos el verdadero

Dios, haced, Cristo, que abrace yo vuestra cristiana religion»; pero obstinado el hebreo lo rehusó diciendo «que no podia hacerlo, porque seria dudar de la verdad de su fe.» A esta respuesta tan terminante, volviéndose Felipe á los que estaban en la iglesia, les dijo iluminado por una luz superior: «Rogad por este á la Majestad divina, porque sin duda se hará cristiano». El éxito demostró la verdad de esta prediccion y la virtud de sus oraciones; pues poco despues, con la ayuda de Felipe, y merced á sus poderosas plegarias, fué este infeliz regenerado en Jesucristo por las aguas del Bautismo.

Yendo en otra ocasion Marcelo Ferro, sacerdote é hijo espiritual del Santo, á la basílica del Príncipe de los Apóstoles en la vigilia de su fiesta, se encontró con dos jóvenes hebreos que se entretenian en el pórtico de aquel célebre templo; y siempre celoso por la salvacion del prójimo, empezó atentamente á hablar con ellos, y poco á poco giró la conversacion hasta llegar á discurrir sobre nuestra santa Religion; y á fin de aficionar mas á aquellos jóvenes ponderó particularmente la gloria de

los Apóstoles S. Pedro y S. Pablo que habian sido hebreos, invitándoles por último á que fueran un dia á ver á Felipe, que habitaba en S. Gerónimo. Prometiéronselo los jóvenes, y lo pusieron en ejecucion. Es indecible el cariño y ternura con que los recibió el Santo cuando los vió; por lo que movidos de su maravilloso atractivo continuaron visitándole todos los dias; pero cesando de pronto en sus visitas, entró Felipe en cuidado, y solícito por la salvacion de aquellos jóvenes mandó á Ferro que á toda costa los buscase. Fué él inmediatamente al lugar en donde habitaban, y supo por la madre que uno de ellos, afligido de una enfermedad grave, estaba á las puertas de la muerte. Pidióla Marcelo con instancias que le permitiese verle; y disponiéndolo Dios así, accedió aquella, suplicándole que indujese á su hijo á tomar algun alimento, y que se lo administrase él mismo, porque tal vez se decidiria á tomar de su mano lo que la inapetencia ó la repugnancia no le permitan ni aun mirar. Y en efecto, tomó cuanto le ofreció el sacerdote, el cual aprovechando la conyuntura, se acercó al oido del jóven, y en secreto

le dió mil espresiones de parte de Felipe, con cuyo nombre quedó consolado el enfermo, manifestando su satisfaccion con una sonrisa: despues al retirarse Marcelo le recordó la promesa hecha al siervo de Dios de abrazar la religion cristiana; y habiéndose ratificado en ella el enfermo, partió aquel lleno de consuelo á dar parte de todo á Felipe. Aseguróle este que en breve ayudado de las oraciones recuperaria la salud del cuerpo, y regenerado con las aguas del Bautismo, obtendria tambien la del alma, conforme sucedió; pues ya restablecido, volvió con su hermano á ver á Felipe, y ambos á dos se bautizaron á instancias de este.

Mayor trabajo hubo de costar al Santo la conversion de otro hebreo, por haber tenido que desprenderle del doble lazo de la supersticion paterna y de las riquezas, siendo como era de familia muy principal y rica entre los hebreos. Mas sin embargo de todo pudo reducirle al camino de la salud, y se le bautizó en la basílica Vaticana. No contento Felipe con esta victoria, quiso conseguir otra mayor, valiéndose de este mismo jóven para atraer á la fe á su padre. Al efecto le hacia conversar

con este, sin embargo de que al Pontífice Gregorio XIII, reinante á la sazon, parecia muy peligrosa tal conversacion, por el daño que podia recibir fácilmente aquella tierna planta con el trato del padre endurecido en la obstinacion hebráica. Pero el Santo, que ilustrado por una luz sobrenatural veia aun las cosas lejanas y ocultas, protestó que él le hacia conversar con su padre, porque abrigaba la esperanza de que este se convertiria infaliblemente por medio de su hijo: y no se engañó; pues tanto hizo el ingenioso mancebo que le persuadió á que fuera con él á ver á Felipe, en donde quedó cogido en las redes del Evangelio.

Habiéndosele muerto á este mismo un hermano muchos años despues, separó á cuatro hijos suyos del trato con los hebreos para hacerlos catequizar y reducirlos á la fe, y los presentó á Felipe, que entonces habitaba en la Vallicella. Acariciólos el Santo con grande amor; pero no entró á hablarles de materias de fe hasta pasado algun tiempo, que empezó á exhortarlos á que se encomendasen al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob á fin de

que les hiciese conocer la verdad; y él mismo les ofreció que haria oracion por ellos, añadiéndoles además que en la misa haria violencia al Señor. Y estaba tan seguro Felipe que obtendria del Señor la conversion de aquellas almas, que dijo á algunos: «Mañana cuando diga yo misa dirán que *sí*». Se habian manifestado ellos duros y pertinaces hasta entonces, y aun en la mañana siguiente, á pesar de haberles rogado muchos que se ablandasen, permanecieron impasibles hasta tanto que celebrando misa Felipe, segun su prediccion, cambiaron instantáneamente de idea, por la poderosa fuerza de la gracia, dando el deseado consentimiento para bautizarse; y uno de ellos depuso en el proceso que aquella mañana contestó afirmativamente, porque le pareció que un espíritu, que debia ser su Angel custodio, le decia que pronunciase un *sí*.

Habiendo dado los jóvenes su consentimiento, Felipe y los Padres los tuvieron en su casa para amaestrarlos en la fe, y enseñarles los principales misterios de nuestra religion: cuando hé aquí que uno de ellos cayó enfermo de tanta gravedad, que temiendo al segundo

dia por su vida, trataron de bautizarle. Pero yendo el Santo á visitarle aquella misma tarde despidió á cuantos estaban en su cuarto, y tocándole en la frente puso despues su mano sobre el pecho, encomendando de este modo á Dios la salud del enfermo con el fervor que solia, hasta que al fin volviéndose á este, le dijo resueltamente: «No quiero que tú mueras, porque dirian los hebreos que los cristianos te habian hecho morir; y así haz que me recuerden mañana que ruegue por tí en la misa». Oyendo esto el P. Pedro Consolino, á quien era bien conocida la eficacia de sus oraciones y la veracidad de sus promesas, dijo al enfermo que curaria de seguro. Sin embargo pasó tan mal la noche, que al llegar la mañana juzgó su médico Gerónimo Cordella que estaba próximo á morir, por lo que avisó á su tio para si queria verle antes de que espirase. Pero recordando Consolino á Felipe de parte del enfermo la estremada necesidad en que se hallaba, celebró misa el Santo, terminada la cual pudo sentarse el jóven en la cama como si estuviera sano; y viniendo á poco el tio le encontró sin fiebre.

Nada de esto sabia el médico Cordella; así que viniendo á visitarle despues de comer, y hallándole sano, dudó al principio si le habrian burlado, como él mismo dijo á un paisano suyo, añadiendo con gracia despues que se repuso de la admiracion: « Con que teneis los médicos en casa, y vais á buscarlos fuera». Y decia la verdad; pues que esta maravillosa cura fué toda obra de Felipe, que con la fuerza no de los remedios humanos sino de sus oraciones, detuvo aquella alma próxima á desprenderse de los lazos del cuerpo, como él mismo aseguró al enfermo luego que estuvo bueno, diciéndole: « Hijo mio, ibas á morir sin remedio, pero yo no he querido, porque no dijese tu madre que nosotros éramos la causa de tu muerte.»

Habiendo pues recobrado la salud de un modo tan admirable, fué bautizado este jóven en union de los otros por Clemente VIII en S. Juan de Letran el dia de los santos Apóstoles Simon y Judas, con gran contento de Felipe y de los jóvenes convertidos, los cuales, apenas fueron regenerados en Jesucristo, inflamados de caridad desearon sacar á su

madre del error en que vivia obstinada y ciegamente. Procuraron, pues, y obtuvieron de los superiores que separada ella de la sociedad de los demás hebreos estuviese en la casa de Julia Orsini, marquesa Rangona, y luego recurrieron á Felipe para que los alentase con la esperanza de la conversion de su madre. Aseguróles este, como si tuviera á la vista lo que habia de suceder, « que no se reduciria por entonces, porque no convenia; pero que lo haria en tiempo mas oportuno con otros muchos»; como se verificó exactamente, pues al cabo de seis años se afilió en la bandera de la Cruz con otros veinte y cuatro parientes suyos.

Pero no se redujo el celo de Felipe sólo á los hebreos, de los que convirtió tan gran número, sin embargo de que por su obstinacion es empresa muy árdua; sino que se estendió tambien á los herejes y con un éxito estraordinario. Harémos mencion entro otros muchos del famoso heresiarca Paleologo, en cuya conversion intervinieron muchas cosas singulares, que prueban manifiestamente el celo y virtud de Felipe. Condenado aquel miserable, como heresiarca, á las llamas del sagrado tri-

bunal de la Inquisicion, y siendo ya conducido al suplicio, lo supo Felipe estando en el confesonario en S. Gerónimo; y compadeciéndose de la condenacion eterna de aquel infeliz obstinado, se puso en marcha al punto para salirle al encuentro en la calle que llaman del Peregrino. Encontróle en efecto, é inmediatamente sin que le sirvieran de obstáculo ni los grupos de curiosos, ni los guardias que acompañaban al reo, se metió por donde era mas espesa la turba hasta llegar á él; y abrazándole con ternura, le habló dulce y eficazmente de los importantes intereses de su alma. Despues de esto, como si hubiera echado ya en aquel corazon la semilla de la palabra divina, se separó de él para esperar el fruto. No se hizo este desear mucho tiempo; pues llegando á Campo de Flor en Roma, en donde debia ejecutarse la justicia, sintiendo la fuerza de las palabras de Felipe, aunque no le conocia, empezó á decir: *Ubi est ille vir, qui loquitur in simplicitate Evangelii?* Y al acercarse al palo, en que atado debia ser quemado vivo, apareció Felipe benigno y lleno de gravedad, y mandó á los ministros de justicia con

una superioridad que le comunicaba el cielo *tanquam potestatem habens*, que no ejecutasen el castigo; al mismo tiempo indujo con sus dulces exhortaciones al reo á que se pusiera sobre un banco para desdecirse de sus errores, y detestar públicamente sus herejías, y por último para asegurarle mejor obtuvo que le condujesen de nuevo á la prision.

Visitábale con frecuencia en ella, procurando con sus discursos enternecer su corazon; y para humillar su orgullo, que suele ser compañero inseparable de la herejía, le dió á leer las vidas de los VV. Juan Colombino y Yacopone de Todi, afirmando que tal clase de gente mas que con la sutilizas y disputas, se gana con los ejemplos de los Santos. Finalmente para granjearse su benevolencia, obtuvo de Gregorio XIII que á mas de la racion que acostumbraba dar á los reos el santo Tribunal, se le concediese una buena limosna; de este modo le obligo tanto, que á cada paso se lamentaba de no haber conocido antes á Felipe. Pero como á veces suelen ser instables los buenos propósitos de los herejes, no perseveró mucho tiempo en la religion católica;

sino que en parte volvió á adherirse á sus falsas opiniones, como lo presagió Felipe diciendo, «que ya en alguna ocasion no le habia agradado su conversion». De aquí es que como reincidente se le condenó al fin á ser degollado; pero Felipe que jamás le desamparó, hizo tanto, que arrepentido de nuevo dió en la muerte señales de verdadera contricion, asistiéndole en aquel trance, por órden del Santo, Cesar Baronio y Francisco Bordini, individuos ambos de la Congregacion.

Finalmente el mismo celo por la propagacion de la fe le sugirió el medio de atender aun á los que estaban distantes de él: y no solo á los que vivian, sino á los que habian de nacer despues de una larga serie de años favoreció con mandar á Baronio que discurriese en primer lugar sobre la Historia eclesiástica, y despues escribiese los *Anales* de ella, para poner en claro muchas verdades pertenecientes á la Iglesia, que ó se hallaban sepultadas en las tinieblas de la antigüedad, ó desfiguradas por la malicia de los herejes. Con esta obra quedó confundida la herejía, que arrogante triunfaba en el septentrion con

las mentiras que divulgaban los herejes, y se puso un dique á la malicia con que engañaban á los hombres que desconocian los sucesos de la Iglesia. Además hizo que dos Padres de la Congregacion compusiesen y publicasen en beneficio de los cristianos que habitaban en Pera, arrabal de Constantinopla, un libro de confesion, como se vé en un escrito presentado por él al Papa. De este modo Felipe, sin salir de Roma, ayudó por sí y por otros á los infieles, y cooperó á la propagacion de la fe católica y á la conservacion de ella en el Oriente, como testifica la Bula de su canonizacion, en que se dice que *sedentes in tenebris, et umbra mortis infideles ad clarissimum fidei lumen adduxit.*